HOCES Y TRILLOS Capítulo 2

Simón José Martínez Rubio

Image not found.

Capítulo 1

HOCES Y TRILLOS
Relato histórico novelado

"Confesiones II"
Simón J. Martínez R.
Copyright: Simón J. Martínez Rubio, 2.015

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,quedan rigurosamente prohibidas, sin autorizaciónpor escrito de los titulares del copyright, la reproducción totalo parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual y futuro.

Dedicado a: mi familia y a mis numerosos amigos que me han animado a escribir esta obra.

ÍNDICE DE LA OBRA

1- Pintan bastos.

2- Tierra agradecida.

3- El hogar soñado

4- El amor de Rosalía.

5- El Bañezo.

6- Quién manda aquí.

7- Angelito de Lianina.

8- Salvar el pellejo.

9- Sobresaltos en la noche

10- El guarda jurado.

11- La Peña. El Toro de la Vega.

12- La Academia.

13- Dulce Navidad.

14- Génesis de una vocación.

Capítulo 2- Tierra agradecida.

La cosecha pintaba bien. Había llovido lo justo y se diría que la tierra, agradecida tras tantos años de barbecho y abandono, quisiera corresponder a las atenciones de los nuevos amos. Para cuando empezó a hacer calor y se necesitaba regar, la motobomba ya funcionaba a pleno rendimiento y con caudal suficiente para regar lo que hiciera falta. El cereal se notaba bien granado y la cebada comenzaba ya a amarillear a finales de mayo.

A Camilo le parecía imposible segar, trillar y aventar tanta mies, si no contrataba con una numerosa cuadrilla de jornaleros. Hizo cálculos sobre el coste de tantos salarios y llegó a la conclusión de que les saldría mejor comprar una aventadora como la que había visto a otros labradores. Con ella podrían aventar más, tanto si hacía viento como si no. Además, la era de la cañada resultaba pequeña, sin espacio para levantar grandes parvas. “Sí, la aventadora es una inversión necesaria”, decidió.

Al terminar la escuela, a finales de junio, Marta viajó al balneario de Ledesma para tomar los baños y curar su reuma. Después de tanto desespero y sufrimiento, ahora le daba pereza porque notaba algo de mejoría con tiempo más cálido; pero como ya estaba todo reservado, y los médicos insistían en que tendría que hacerlo si no quería empeorar más aún en invierno, se despidió de todos antes de que los pequeños se volvieran a la finca. Regresó a los quince días, increíblemente recuperada, rejuvenecida, con fuerzas redobladas. Fue una fiesta porque, además, llegó cargada de juguetes y chucherías que hicieron las delicias de los más pequeños. Tanto que deseaban que volviera al año siguiente a

recuperarse, convencidos de que también regresaría cargada de regalos, como así lo fue.

Vivir en la finca en verano era mucho más divertido para todos, incluida Marta que, aunque se llevaba muy bien con la señora Clotilde, no dejaba de sentirse en casa ajena. Volvieron las aperturas, aunque más llevaderas, con todos fuera trabajando.

A parte de la cosecha, las parcelas de regadío necesitaban agua sin parar. Cuando Marta pudo ver la maravilla de la motobomba, apenas protestó por no haber contado con ella para ese cambio. A Camilo le fue fácil hacerle entender unas ventajas tan evidentes.

- Cuando fui a comprar la noria, me encontré con que ya nadie las pone.

- Pero son más baratas ¿no?

- No, porque hubiéramos tenido que comprar otro caballo para tirar de ella. Así nos ahorramos el caballo, su comida y una persona para arrearle.

- Podrías haberlo comentado, ¿no?

- Ya ves cómo andamos, casi sin vernos desde que te fuisteis con Cloti y a los baños. Había que prepararse para regar. Sabía que lo entenderías…

No hubo más protestas de Marta. La motobomba le entusiasmó y comprendía lo de ahorrarse una caballería. Tenían tres caballos, una mula y el burro; y ninguno podían parar porque, entre riego y riego, había que aricar los surcos con cuidado para destruir las malas hierbas y esponjar la tierra. Era como en Genestacio, sólo que ahora tenían casi siete veces más de terreno para cultivar y cosechar.

A pesar de la aventadora, Camilo tuvo que contratar media docena de segadores. Rosalía o Marta, se ocupaban de regar sin parar; Victoria y Samuel dirigían los dos trillos con gran habilidad, cosa nada fácil por una era tan pequeña.

Verónica y Pedrín se dedicaban a jugar, reír y servir de aguaderos, llevando bebida y la merienda para todos los trabajadores. A Pedro le gustaba sentirse útil. Disfrutaba subiendo al trillo y agarrar las riendas y dirigirlo.

Nadie podía estar desocupado en verano. Pero, entre tantos hermanos, nunca faltaba tiempo para juegos, bromas, risas y pillerías… Pedrín, con casi tres años, parecía haberlas aprendido todas, más alguna de su propia cosecha:

- ¿T'arrastro Lía?

- Sí, Pedrín, gracias –y ¡zas!, le arreaba un rastrillazo sobre los riñones, en vez de arrastrar hacia adentro lo que se desparramaba del circulo de la era.

- Bruto, animal. Te voy a… -pero para entonces él ya había escapado corriendo increíblemente veloz.

El pequeño casi siempre salía bien de sus bromas gracias a su maña para escabullirse y porque todos le tenían como su juguete. Peor fue aquel día en que se le ocurrió la broma de orinar, "solo un poquito" diría en su defensa, dentro del botijo que les llevaba.

- ¡Aajjj!, ¿qué diablos es esto? –protestó Victoria, la víctima elegida esa vez, al imaginar lo que había escupido de su boca-. Marrano, cochino… esta vez sí que te mato.

Pero ella no podía bajar del trillo y su hermanito ya estaba lejos, mientras Samuel se desternillaba de risa desde el otro trillo.

- Esta vez me las pagará, vaya si me la pagará –y lo decía muy en serio.

Todos trabajaban de sol a sol y terminaban tan cansados que, aunque le prometieran terribles revanchas a sus travesuras, no solían cumplirlas. Eran sobre todo las chicas las que tuvieron que aguantar sus travesuras. "Tenemos que darle un buen escarmiento…", se confabularon; y lo hicieron. Fue una tarde en que todos volvían de la era, cuando Pedrín ya ni se acordaba de su última picia.

- Mira Pedrín, qué melón tan rico nos estamos comiendo, ¿quieres una raja?

- Síiii, una bien golda.

Y le cortaron una ante sus narices, pero se la canjearon por otra que tenían ya debidamente "aderezada". Comenzó él a comerla con avaricia hasta que, ¡puaf, ajj…!, escupió lo que tenía en la boca y comenzó a lloriquear y a dar saltos: le ardía la boca.

- ¡Wua!, ¿qu'abéis untao al meló? Malas, que sois mu malas.

- Uy, qué raro, con lo rico que está…, ahí te dejamos otra raja –y se fueron corriendo y riendo ahora ellas, incluida Vero que participaba en ese caso con sus hermanas mayores. Sabían que el efecto de la guindilla iría en aumento durante un rato y temían represalias del chiquillo o de su madre.

- Mare, mare, mire el que m'han hezo, - lloraba cada vez más, porque la boca también le picaba cada vez más.

- Guindilla, esto huele a guindilla. ¿Quién te la dio? –preguntó en cuanto tuvo la raja en sus manos.

- Ellas, e que son mu malas.

- ¡Qué endinas! Sí que lo son, porque esta guindilla que han untado es la más picante. Anda, enjuágate mucho con agua, que ya se te pasará.

- Sí. Pero usté vaya a pegalas –siguió él exagerando con sus saltos, chillidos y lloros.

- Uy, a saber por dónde andan ahora. También tú corrías cuando les dabas a beber pipi del botijo o les cavabas y arrastrabas las costillas.

- Pero ellas son glandes y el pipi no mata a naide.

- Tampoco la guindilla te matará. No les hagas tú tantas pillerías; así ellas no se vengarán; si no, ya les pegaré, ya.

Y quedó él desconsolado, pensando en venganzas espantosas que pudiera maquinar él solito. Su madre sabía bien de las trastadas del pequeño y, hasta le parecía justo que le ayudaran a aprender a comportarse, aunque él insistía en que tenía que ir a pegarles.

- Es que si voy a pegarles a ellas, tendría que pegarte también a ti por lo que tú les haces - intentaba razonar con él.

- Ellas son glandes y me mandan y m'hacen rabiar…

- Bueno hijo, ya hablaré yo con ellas; pero tú tampoco les hagas tantas

pillerías. Y deja ya de llorar, que pareces un niño de teta.

Sin duda aquel escarmiento le hizo entender aquello de que "donde las dan las toman". Así que anduvo mohíno y modosito durante un tiempo, no demasiado.

- Mare… el polo no come –y llevaba arrastrando el gallo muerto, agarrándolo por el pescuezo.
- ¡Diablo de chiquillo! ¿Cómo le has podido matar?
- Es que pica.
- Sí, ya sé que picaba; pero ¿cómo le has podido matar tú?
- Le tilé el jabón… y el polo no come.
- No me lo puedo creer.

Pero allí estaba muerto el odiado gallo, a manos de un niño de menos de tres años que acertó a atizarle con un gran pedazo de jabón justo sobre la cresta. Fue la anécdota reída durante días, después de comido el exquisito guiso que hicieron con el animal.

El jabón lo fabricaban allí en la misma casa, usando restos de grasa y sosa cáustica que compraban en la droguería de Tordesillas. Una vez seca la masa, se cortaba con un alambre en grandes trozos que usaban luego para todo: aseo personal, lavado de la ropa y de cualquier cosa que necesitaran limpiar; pero nunca lo imaginaron como arma.

Habían decidido sacrificarlo porque atacaba a cualquiera que se le acercara. Pero ¿cómo pudo acercarse Pedro, mientras picoteaba por la basura, y pegarle con el jabón en el punto preciso para matarlo en el acto? Eso les ahorró tener que perseguirlo y soportar sus picotazos hasta dar con él en la cazuela. Las gallinas tampoco protestaron porque había otro gallo menos agresivo que heredaría su harén.

Camilo se sentía eufórico con la cosecha que estaban recogiendo. La compra de la finca, por la que tanto tuvo que luchar y cavilar, empezaba a dar sus frutos. Ni se acordaba de don Torcuato que seguía como inquilino. Tenía tantos otros proyectos que ocupaban su atención… Y era el momento de ponerlos en marcha, aprovechando la buena cosecha y al hecho de no tener que empezar a pagar por la finca hasta el año siguiente.

Un día llegó del pueblo con dos bicicletas en el carro; y la euforia con ellas: Parecía un juego nuevo que todos se disputaban en los pocos ratos libres que encontraban.

- ¿Qué necesidad tenemos de esos chismes ahora? –le recriminó su mujer-. Aún no hemos terminado la cosecha y ya la estás gastando.
- Son necesarias, Marta. No podemos utilizar los caballos cada vez que tengamos que ir al pueblo o a llevar recados de un sitio para otro de la finca.
- Pero podías esperar a vender la cosecha antes de hacer ese gasto. Hasta ahora nos arreglábamos con los caballos.
- Los caballos los necesitamos para trabajar y las bicicletas no comen.
- Pero te puedes caer y hacerte mucho daño.
- Pues anda, que si te caes de un caballo o del burro: la de veces que les ha tirado al suelo.
- Yo no creo poder aprender.

- Pues tú puedes usar el burro o un caballo si no lo necesitamos en ese momento.

Sabía que era una batalla perdida. No podía oponerse a esa idea que entusiasmaba a todos. Ella misma lo intentó cuando nadie la veía; pero, después de algunas caídas aparatosas, renunció. Pero las ideas de Camilo no se paraban en cosas de tan poca monta. Así que, algunos días después de las bicicletas, sorprendió a su mujer:

- Tenemos que ampliar esta casa para caber nosotros y un casero.
- ¿Para qué meternos en ese nuevo gasto? Mejor esperar a tener el casero.
- Es que ya lo tenemos: uno de los criados está interesado y creo que será bueno. Por eso nos urge. Así nosotros podremos vivir aquí en verano o cuando haga falta, dejando las habitaciones de arriba para el casero y su familia.
- ¿Quién es el de los dos?
- Juanón, el alto y delgado; el que suele ser el primero en llegar y el último en marchar.
- ¿Cuándo le has dicho que se venga?
- Cuanto antes; en cuanto hagamos la ampliación para nosotros. También aprovecharemos para hacer una era como Dios manda; grande y aquí al lado de la casa.
- Virgen santísima. Ya lo digo yo, todavía no sabemos lo que sacaremos de la cosecha y parece que ya la tienes toda gastada.
- Pero Marta, esto ya estaba decidido desde el invierno. Aquí siempre tiene que haber alguien. Ahora es el mejor momento, con una buena cosecha y sin tener que pagar todavía por la finca.
- Yo sólo veo que no paramos de meternos en telares… y con el préstamo de comprar la casa del pueblo, que ni sé lo ya debemos… ¿no podríamos esperar a estar más desahogados?
- Ya estamos mucho más desahogados que en Genestacio. Allí sí que estábamos empeñados hasta el cuello. Pero hemos podido pagar todo aquello y comprar esta finca.
- Sólo quiero terminar con tantos líos y poder vivir en paz
- Ya vivimos en paz. Lo de aquí lo tenemos todo bien calculado.
- Tú siempre calculando y dejándome a mí de lado –rezongó ella amargamente.
- ¡Esa mentira no puede ser verdad! Lo del casero ya lo habíamos decidido ¿o no te acuerdas de las apreturas que pasamos aquí? Lo he dicho en cuanto Juanón se me ofreció. Yo pensaba que te alegrarías al saberlo.
- También está lo de las bicicletas, que aparecieron aquí de la noche a la mañana.
- Eso sí es verdad; pero ya te he explicado que resultan mucho más baratas que cualquier caballería.
- Y lo de la era. Tampoco me dijiste nada de eso –siguió ella quejumbrosa.
- Eso también es nuevo para mí. Es que vino el guarda para echarnos de la cañada. Pude convencerle para que nos dejara este año, porque no

teníamos ninguna otra forma de cosechar... Pero no podemos desobedecer a la autoridad. Ayer volvió a recordármelo. –Y calló ella, sin saber qué contestar ante una razón de tanto peso.

Los guardas jurados tenían mucha autoridad. Iban armados y cabalgaban sin cesar por su zona de control. Parecían estar en todas partes al mismo tiempo y hacían una gran labor para prevenir robos y abusos. Toleraban que una persona hambrienta comiera algo allí mismo; pero se castigaba al que fuera sorprendido robando o llevándose algo de la finca.

En la cañada, el ganado tenía preferencia y nadie podía ocuparla, ni siquiera temporalmente. Usarla como era, aunque fuera en un pequeño tramo, era ilegal, por más que no pasara ganado trashumante por aquella época del año. Camilo lo sabía y ya tenía dibujada en su cabeza la nueva era: al lado de la casa, algo ovalada, mucho más grande y pavimentada con cantos rodados traídos del río. Cuando llegó el guarda para echarles, tuvo que rogarle que les permitiera terminar la cosecha ese verano porque, si no, se perdería todo sin remedio. Incluso se atrevió a regalarle un par de conejos que él aceptó gustoso. Y le
permitió seguir "y no por los conejos", enfatizó, "sino porque no se pierda tanto grano"; pero el año que viene ya no habrá excusa ¿eh? Queda advertido.

Como eran asuntos tan importantes, sobre todo lo de la casa, quiso explicarlo también al resto de la familia unos días después de hablarlo con su mujer:

- Pronto vendrá Juanón con su mujer y su niña. Serán los caseros que ocuparán la parte de arriba de esta casa. Así que tendremos que ampliarla para poder vivir las dos familias en verano, con la abuela Valentina incluida, que le prometimos traerla. –Sabía que aquella alusión a su madre le ahorraría pegas de parte de su mujer.
- Pero ahora no tenemos tiempo para dedicarnos a eso –fue lo único que se le ocurrió, porque deseaba ardientemente traer pronto a su madre; y, aun sin decirlo, agradeció que su marido que la tuviera presente.
- Tienes razón; nosotros no podremos. Pero ya se viene trabajando en ello. La madera para construir ya se está secando en el pinar: Mandé talar los mejores árboles.
- De todos modos, tendremos que esperar hasta terminar la cosecha.
- Eso está claro; pero ya tenemos mucho adelantado. Los de la serrería, estarán a punto de convertir los pinos en tablas y vigas para que se seque todo bien.
- Pero tendremos que planear lo de esa ampliación, ¿no? –razonó Marta.
- Naturalmente. Pero como sabía que en algún momento tendríamos que hacer la obra, ya hice venir a unos constructores, mientras tú estabas en Tordesillas, para pedirles ideas; incluso dibujaron un esquema de lo que nos aconsejan hacer. Pero ahora, ya con casero, tendremos que hacerlo y rápido.
- Pues enséñanos el plano ése; lo tienes, ¿no?
- Sí, pero no es fácil de interpretar. Yo mismo tengo dudas, pero

recuerdo lo que me explicaron.
- Pues anda, explica lo que recuerdes –le apremió ella.
- Mejor mañana, antes del anochecer. Dejaron clavadas estacas para marcar las paredes y los tabiques. Habrá que buscarlas entre la hierba. Me fío más de las estacas y de mi memoria que del plano que dibujaron.
- Es chusco que aún no hayamos estrenado la casa de Tordesillas… -se lamentó ella.
- Es verdad; pero ahora no la necesitamos y hemos estado cobrando 45 pesetas cada mes de alquiler, que nos han venido muy bien.
- Bien poco es para una casa como ésa.
- Sí pero, mientras tanto, su criada ha estado manteniendo la casa aseada. Ellos saben que nos mudaremos antes de las fiestas. Ya iré en cuanto pueda a reclamar la llave y hablar con los de la serrería.

La compra del pinar había sido muy oportuna para disponer de la madera necesaria para la ampliación. En la serrería le habían explicado que había que dejar secar bien la madera antes de construir. Por eso había decidido encargarles todo el trabajo, nada más comprar el pinar. Unos meses después de cortados, se podrían serrar y conseguir buenas vigas y tablas para el tejado, aunque tendrían que seguir secando.
- Tenga en cuenta que la madera para construir no se puede dejar secar de cualquier manera. Tiene que airearse bien para que seque uniformemente y no se alabee –le había explicado el encargado.
- Sí, tengo idea de cómo hay que hacerlo.
- Mire de todos modos cómo lo tenemos almacenado nosotros en el patio. Se lo podemos dejar secar aquí, pero tendríamos que cobrarle por el almacenaje.
- No hará falta. Tenemos espacio de sobra junto al solar donde vamos a edificar.
- Pues fíjese bien cómo se apilan tanto las vigas como las tablas; es muy importante dejar circular el aire libremente, intercalando listones entre las tablas y las vigas. Haga usted lo mismo cuando se lleve la madera ya cortada.

Era casi un arte: las tablas estaban entrecruzadas, separadas por finos listones y formando huecos geométricos por donde el aire podía circular libremente por toda la pila. Algo parecido hacían con las vigas, aunque convenía irles dando vuelta cada semana, para que no se viciaran.

Así pues, a la mañana siguiente de explicar a todos lo de la ampliación, Camilo ensilló a Niño para controlar lo de la serrería. Era la razón oficial porque, por más que lo odiara, no tenía más remedio que ir a visitar a don Torcuato. Y tenía que ser la definitiva, aunque tuviera que pagarle una compensación para que se fuera ya de una vez. Todos en su familia daban por supuesto que la casa ya estaría libre. Sólo Camilo sabía la verdad: "Torcuato sigue allí, dispuesto a pelear por el último real de indemnización. Al menos ahora voy mejor preparado y sé cosas de él que quizá me ayudarán", se dijo; y se repitió por centésima vez lo que le había recomendado el abogado: "paciencia y astucia". De camino, repasaba su táctica que había ido elaborando desde sus visitas en primavera. "Claro que en astucia Torcuato puede que me gane…", dudaba

ahora al recordar sus desastrosas entrevistas anteriores. “Tengo que mantener la sangre fría; nada de nervios ni enfadarme por nada, porque fue mi rabia la que me traicionó, por eso me ganó… Ahora haré como si no tuviera ninguna prisa ni perder sus cuarenta y cinco pesetas”; y siguió repasando su representación, largamente ensayada: “Actuaré como en las comedias de la escuela, cuando me daban los papeles más difíciles y representaba personajes tan diferentes…”
Esta vez, don Torcuato jugó la carta de la camaradería: Sin uniforme, empezando con las copas de coñac y tratándole casi como a un colega.

- ¿Qué tal, don Camilo?, ¿ha ido bien la cosecha en esa magnífica finca que tiene?
- Regular..., lo normal teniendo en cuenta que la cultivamos por primera vez: cada tierra es diferente ¿sabe?, hay que aprender a adaptarse a ella.
- Pues yo tengo oído que no ha ido nada mal por Maloslodos.
- Unos mejor que otros, claro.
- ¿Y su familia?
- Todos están bien, gracias a Dios.
- Me alegro mucho... ¿Ha reflexionado sobre lo hablado en nuestra última entrevista?
- Sí, mucho. Desde luego me pregunto cómo es que no le pedí leer su contrato de alquiler, ¿podría leerlo ahora?
- Naturalmente –dijo tras dar un breve sorbo de su copa-: Agripina, traiga la carpeta marrón que hay en la mesa de nuestra habitación.
- Enseguida, señor. –y la trajo de inmediato, mientras Camilo se decía: “este hombre no sabe hacer nada, solo mandar”.
- Aquí lo tiene usted –y le pasó el documento- Ya puede usted leerlo con tranquilidad y comprobar todas las pólizas que le dan autenticidad.

Camilo no contestó. Tomó el documento con tranquilidad y lo apoyó sobre la mesa, con aire de quien hace algo así cada día. Luego sacó de su bolsillo una libreta y un lápiz y se dispuso a leerlo en voz baja y escribir en su libreta: “Contrato entre don Torcuato Ledesma Ramos y don Indalecio Martín López”, leía para él, pero dejando oír a posta algunas frases como sin darse cuenta, mientras escribía sus notas; siguió leyendo en silencio y escribiendo sin prisa alguna, parando de escribir a menudo para reflexionar antes de seguir con sus notas. Eso debió escamar a don Torcuato que no se esperaba tanta meticulosidad de un simple labrador. Al final, le devolvió el documento añadiendo, como quien se acaba de acordar de algo sin mayor importancia:

- ¿Sabe?, tuve que ir por casualidad a hacer unas gestiones a La Academia Militar de Valladolid y allí me hablaron de usted. –Eso sí que no se lo esperaba don Torcuato y no supo disimular su extrañeza, ¿o era nerviosismo?
- ¿Ah sí?, ¿qué fue usted a hacer por allí?
- Quería ver al alférez Antonio Castro; pero antes, pude tomar unos chatos en una cantina con algunos oficiales que le conocen a usted.
- Qué casualidad. ¿Y qué le contaron, si se puede saber?
- Nada importante, sólo algo sobre que les gustaría verle a usted por allí para enseñar a los nuevos oficiales: con la experiencia que usted

tiene…, y poco más.
- Vaya, vaya; así que eso es lo que piensan por allí.
- Bueno, eso salió al decirles yo que venía de Tordesillas y que le conocía a usted.
- En las Academias se oye de todo. No hay que hacer mucho caso de lo que se comente entre copa y copa. Pero bueno, a lo que íbamos, ahora que ha leído el contrato, ya sabe que todo está en regla ¿no es eso?
- Supongo que sí. Yo no sé mucho de leyes; pero me parece que el contrato no lo he firmado yo ni aparece mi nombre por ninguna parte.
- Eso no tiene nada que ver.
- Puede, pero me tendré que asegurar –y mantuvo levantada su libreta unos segundos entre los dos, antes de guardarla en su bolsillo.
- De todos modos, como usted desea venir a vivir aquí con su familia, ya le dije que nos iríamos enseguida si nos compensa debidamente.
- Sí, aunque hemos podido organizarnos muy bien. Pero mire usted, yo también prefiero terminar amigablemente. Así que le daré cinco mil pesetas.
- No, don Camilo. Eso no es lo que yo le propuse.
- Ya, pero es todo lo que puedo darle; y bajo su promesa de no ir aireándolo por ahí; que quede entre usted y yo, nada más.
- Con esa cantidad no nos compensa por la pérdida de una casa como ésta. No crea que los mutilados de guerra tenemos una pensión muy generosa que digamos.
- Lo sé; -"¿cómo es que lo sabe?", D. Torcuato era ahora el sorpredido…,- y más si usted insiste en vivir en una casa mucho mayor de lo que necesita. Yo sé de otros mutilados, un cuñado mío sin ir más lejos, que complementa su pensión con alguna otra actividad; algo de eso me pareció entender cuando hablaban de usted en Valladolid...
- ¿Cómo se atreve usted a hablarme a mí así? –Ahora no podía disimular su nerviosismo; "qué más no sabrá este hombre", debería estar pensando ahora.
- Perdone usted por favor, no intento ofenderle de ningún modo –ensayó él ahora el tono más amistoso-; sólo digo lo que sé de mi cuñado y lo que me pareció entender en La Academia. Como quiero volver a ver al alférez Castro, quizá pueda decirle algo de su parte si lo desea…
- No, no hará falta… Bueno, deme usted dieciocho mil y nos iremos sin más.
- No, no puedo. Sólo cinco mil –aseguró calmado y cara de póker.
- Acaba de recoger una cosecha estupenda.
- ¿Estupenda? Evidentemente usted no ha estado allí. Le daré las cinco mil pesetas mañana y quedaremos como amigos –le tendió la mano, que don Torcuato no aceptó.
- Necesito al menos catorce mil.
- Pero yo no se las puedo dar – le replicó con calma; y quedaron ambos en silencio un buen rato, aguantándose la mirada. Fue don Torcuato el que habló primero.
- Doce mil y no se hable más.
- Sólo tengo cinco mil. Podría llegar hasta cinco mil quinientas, ni una

peseta más –y volvió el silencio, pesado como el plomo.

- Pues ni para usted ni para mí –volvió a romper el silencio don Torcuato-. Deme diez mil y, en cuatro días, ya no nos verá más por aquí. –"Eso, que se vaya de una vez y no vuelva a verle nunca más", pensó aunque lo disimuló bien; y, después de negar varias veces con la cabeza, esperando que él cediera algo más, contestó al fin:

- Mañana le traigo el dinero y el recibo redactado por el abogado.

- Hecho –contestó; y le tendió la mano que Camilo sí le aceptó.

Siguieron un rato charlando de la finca como si fueran amigos de toda la vida; aunque a Camilo le seguía la procesión por dentro. "Me he precipitado: se hubiera ido por menos; pero es que tenía que terminar de una vez… Creo que se achicó por lo que yo pudiera saber de él de La Academia; debí decirle que lo había consultado con el alférez Castro… Apuesto que este héroe no cae demasiado bien por allí...; pero ya está hecho; todavía tengo tiempo para pasar a ver al abogado, enseñarle mis notas y pedirle que escriba el documento correspondiente y el recibo". Se despidieron cordialmente y Camilo fue rápido, casi saltando, hacia la plaza mayor.

- Enhorabuena, don Camilo, ha conseguido usted un buen trato. Estas cosas llevadas por los tribunales, y con militares de por medio, suelen resultar inciertas y caras. Mucho mejor así –y redactó a máquina en unos minutos el documento de rescisión de contrato, en base a las notas de Camilo y haciendo constar la compensación pagada.

- ¿Qué le debo?

- Nada en este caso. Sólo que cuente conmigo si llega a tener cualquier otro problema.

- Desde luego que sí, aunque Dios me libre..., no por usted, claro –se le había escapado y trató de quedar bien. Salió hacia la Caja Rural para avisar de que necesitaría retirar diez mil pesetas a la mañana siguiente.

- Ningún problema, don Camilo. Hace una semana ingresó usted quince mil y tiene ahora a su favor un saldo de veintisiete mil quinientas pesetas, sin teneren cuenta lo del préstamo de la casa, claro. Pero usted tiene crédito aquí, ya lo sabe.

- Pronto ingresaré otras diez a quince mil pesetas si vendo bien la cebada que todavía tengo en los graneros, o las patatas que empezaremos a cosechar enseguida.

- Excelente, don Camilo. Parece que la cosecha ha sido buena.

- No ha sido mala no. Mañana vendré sobre las nueve y media.

- A su disposición, don Camilo.

Era cierto. La cosecha estaba siendo mejor de lo que él mismo había calculado. Los de Abastos seguían practicando sus quitas; pero empezaban a relajar su presión, entendiendo quizá que convenía estimular la productividad de los labradores, en vez de ahogarles con requisas despiadadas. Con lo que no transigían en nada era con el trigo, que era la base de la alimentación: Era obligatorio entregarlo en su totalidad al Servicio Nacional del trigo. Allí lo almacenaban en grandes silos por si sobrevenía otra sequía y poder evitar la hambruna consiguiente. También había que entregar la remolacha a la azucarera.

Querían promocionar ese cultivo y no lo pagaban mal; más aún, les obsequiaban con un costalito de azúcar, un artículo de lujo, todavía escaso y muy caro de estraperlo.

Con otros cultivos más perecederos como las patatas, por ejemplo, podían llevarse una parte al precio oficial, pero permitían al agricultor vender el excedente a precio libre. Eso jugaba también a favor del labrador.

Nada más salir, se fue exultante a contárselo a la señora Clotilde. Se llevó una gran alegría por el aprecio que les había ido cogiendo.

- Has sido muy listo al ir a La Academia Militar. ¿Es cierto lo de tu cuñado?
- Sí, es hermano de Marta. También va cojo por la metralla, que no le han podido quitar del todo de una pierna; pero él trabaja y está contento con lo de la pensión y lo que le pagan por su trabajo. Tiene ocho hijos.
- ¿Es verdad que se quiere venirse para acá?
- No. Eso me lo inventé para poder entablar conversación.
- ¿También te inventaste lo del alférez Castro?
- No, eso no. Yo pregunté a ver con quién tendría que hablar por lo del traslado de mi cuñado; ellos me dieron su nombre, pero ni le vi ni tengo por qué.
- Esto hay que celebrarlo. Te quedas a comer con nosotras ¿verdad?
- No, no puedo. Es que siempre hay cosas urgentes que hacer en la finca. Ya lo celebraremos, ¡y en nuestra casa, Cloti, en nuestra casa!, ¿te lo puedes figurar…?
- Sí, eso sí que será una fiesta, después de todo lo que has pasado. Dale un fuerte abrazo de mi parte a Marta y para Lía y Tori de parte de mis hijas, que no paran de preguntarme por cuándo vais a volver.
- Lo haré, desde luego; lo que me costará será disimular las ganas que llevo de saltar de alegría. Muchas gracias por todo, Cloti. Has sido un ángel para nosotros.
- De nada, hombre, no faltaría más…
- Pero repito, por favor, no le digas nada a Marta de todo este enredo con don Torcuato. Es un secreto; y tú eres la única que lo sabe.
- No te preocupes, nunca diré nada de ello.

¡Qué distinta fue su vuelta a la finca!: Tenía ganas de cantar, de reír de chillar…, tan contento como estaba: hasta Niño parecía contagiarse y trotó hasta la finca, sin que su amo tuviera que arrearle ni tocar las riendas para nada. Si le notaban tan eufórico y le preguntaban por qué, les explicaría que había vendido la cebada y que lo había ingresado en el banco. Nadie debería saber del bicho que le había tocado lidiar en solitario, ni menos lo que tuvo que pagarle.

Transmitió los saludos de la señora Clotilde comentó la buena noticia del saldo a su favor en la Caja Rural, con lo que ya pensaba empezar a amortizar el préstamo por la casa. Marta también tenía algo que anunciarle a él cuando se quedaron solos: Según sus cálculos, volvía a estar embarazada.

- Vaya, eso sí que es una buena noticia y que viene en buen momento.
- Anda, pues yo pensaba que no podría tener más hijos ni que te fueras

a alegrar…

- Pero, Marta, ¿te das cuenta de que esta vez nacerá sin las apreturas de los anteriores? nacerá en nuestra casa de Tordesillas, con médico, practicante, de todo…

- ¡Cuánto me alegro que lo veas así! Y se echó a sus brazos emocionada.

- Oh sí, un hijo es siempre un regalo del cielo. Pero tú cuídate mucho, que ya nos vamos haciendo mayores. Pero en el pueblo no te faltará de nada.

Y la dejó radiante, porque había temido que no recibiera tan bien la noticia, con tantos asuntos en los que andaban embarcados. Él se fue al patatal donde cosechaban las patatas, reservándose el trabajo más pesado de descargar los sacos en el carro. Los mismos sacos le parecían ahora mucho más livianos. Cuando se fueron los jornaleros, Camilo condujo a su familia hacia el solar de la nueva casa. Encontró las estacas y les explicó:

- Aquí se abrirá la puerta que comunicará la parte antigua con la nueva. Seguirá un pasillo hasta aquí –y caminó dando largos pasos, contando los metros-. Aquí irá la cocina: Pondrán una bilbaína, que ocupa menos espacio y resulta más económica. Al lado irá nuestra habitación. La cocina y la habitación tendrán ventanas abiertas hacia la salida del sol. Al final del pasillo habrá también otra ventana, que dará al norte; y, por este otro lado del pasillo, habrá tres habitaciones, con sus ventanas hacia la puesta del sol.

- O sea, ¿solo tendrá un piso? –preguntó su mujer.

- Sí. Con la cocina y cuatro cuartos tendremos suficiente, aunque los caseros ocupen toda la parte antigua. No necesitamos nada más y resultará mucho más barato. La abuela dormirá con Vero en el de enfrente de la cocina; Lina y Tori en este otro del medio; y Samu y Pedrín en la última.

- Entonces, ¿dormiremos bajo las tejas? –preguntó Victoria, que ya imaginaba telarañas colgando sobre su cabeza.

- No, porque pondrán cielo raso; pero no usaremos la solana.

- ¿Por qué no? -preguntó Samuel, “es el escondite perfecto para mis tesoros” -pensaba.

- Porque no la necesitamos y encarecería mucho la construcción.

- A mí me parece bien; quizá falte una buena despensa –dijo Marta-. Al fin y al cabo lo necesitamos sólo para el verano. ¡Qué ganas tengo de mudarnos al pueblo…!

- Y hemos estado cobrando el alquiler todo el tiempo que teníamos que pasar aquí.

- ¡Qué bien! -convinieron, viéndose ya dentro de la gran casa del pueblo.

- ¿Quién se va a encargar de construir esta parte nueva? –preguntó Marta.

- Los mismos constructores de Tordesillas que hicieron el plano. Tienen mucha experiencia y, en cuanto se lo digamos, vendrán para hacer adobes y poner los cimientos de piedra. Todo tiene que estar terminado

antes del verano próximo.

Desde que llegaron de Genestacio, la casa de la finca ya había cambiado mucho. Durante el invierno, el mismo Camilo había construido una pocilga, la misma donde engordaban ahora cuatro hermosos cerdos. Y encima de la pocilga, el gallinero. Lía y Tori le ayudaron eficazmente, pese al frío que les obligaba a correr a menudo para calentarse a la lumbre. También habían construido las conejeras, al otro extremo de la casa y enfrente de la pocilga. Por su parte, Marta no había parado de hilar y tejer prendas de lana para calentar a su familia.

Pero ahora se trataba de una obra de envergadura. Imposible construirla ellos mismos.

Camilo volvió temprano para hablar con los de la serrería, aunque la razón principal era entregar el dinero a don Torcuato (le devolvió el don porque él siempre se lo otorgaba a él). Éste contó el dinero y firmó el documento de rescisión del contrato, satisfecho y sonriendo de oreja a oreja. Ya habían
comenzado a embalar sus pertenencias y tenía un par de hombres desmontando muebles.

- Pasado mañana puede usted venir a recoger la llave, don Camilo. Y podrá disfrutar de su preciosa casa.
- Sí, lo iremos haciendo poco a poco. ¿puedo preguntar dónde irán vivir ahora?
- A Valladolid naturalmente, ¿no me dijo usted que me querían por La Academia? Pues puede que lleguen a hartarse de mí.
- "Seguro que sí" -pensó, aunque lo disimuló -: No hombre, no diga eso, con su experiencia... ¿A qué hora le parece que venga por la llave?
- A las diez de la mañana. Yo le esperaré en el portal.
- Aquí estaré.
- Que tenga usted un buen día, don Camilo.
- Igualmente lo tenga usted, don Torcuato. – y salió apretando bien el documento, no se le fuera a escapar.